

Capítulo LXXIV

Que es, sobre poco más ó ménos, una continuacion del anterior.

En vez de desmayar en presencia de aquel nuevo desengaño que recibió, resolvió, para desmentir las calumnias de sus enemigos, pacificar á toda costa la isla, aun cuando el conseguirlo le costase nuevas y dolorosas humillaciones.

Embarcóse en seguida en compañía de algunas personas importantes, con el objeto de celebrar una entrevista en Azúa con el jefe de los rebeldes.

Sus pretensiones se aumentaron al ver que la primera autoridad de la isla se sometía á todos sus caprichos, y hasta abandonaba su residencia para ir á buscarlos.

Habian recibido noticias de la escasa influencia que gozaba en la corte el almirante; algunos agentes de

Fonseca, que habian llegado con la última expedicion, les animaban á continuar por la senda fatal que habian emprendido, y al hallarse en presencia de Colon no parecian ellos los culpables y el gran hombre su juez, sino por el contrario, Colon parecia el delincuente, y Roldan y los suyos los instrumentos de la justicia.

Trasladáronse á bordo de la carabela que ocupaba el almirante, y le pusieron por condicion para una avenencia, el que se les permitiera enviar á España, en los buques que estaban en Santo Domingo, los rebeldes que quisieran abandonar la isla; que se otorgaran tierras de cultivo en vez de sueldos á aquellos de sus partidarios que desearan permanecer en la colonia; que se diera la más cumplida satisfaccion á Roldan, declarando solemnemente calumniosas todas las acusaciones que contra él se habian fulminado; y por último, que se le restableciera en el empleo de alcalde mayor.

Mis lectores, que á fuerza de seguir á Colon paso á paso en su larga y dolorosa peregrinacion, habrán formado una idea exacta de su carácter, comprenderán cuánta fué su amargura al escuchar aquellas proposiciones y cuán grande el sacrificio que tuvo que hacer para admitirlas.

Las admitió, en efecto, y Roldan se separó de él para comunicar á sus compañeros la resolucion del almirante.

A los pocos dias volvió Roldan, añadiendo una cláusula más horrible aún.

Esta cláusula era que si el almirante faltaba á

aquel pacto, tendrían derecho los rebeldes para obligarle á cumplirle por la fuerza ó por los medios que juzgaren convenientes.

Se hubiera resistido á aceptar esta última condición si por entonces no hubiera llegado á sus oídos la noticia de que muchos caciques del Ciguay habían reunido á los más valerosos guerreros de la isla y proyectaban atacar la fortaleza de Santo Domingo para librar del cautiverio á Guaorocaya, y si era posible, á Mayabonex.

Sin perjuicio de explicar algún día á los suyos lo que significaba su condescendencia, afirmó aquel pacto vergonzoso, y Roldan, el ingrato y traidor Roldan, volvió á pavonarse, desempeñando con inaudita arrogancia el cargo de alcalde mayor.

Rodeado de sus secuaces, apoyándose en ellos, trataba de igual á igual al almirante, contradecía sus órdenes, quitaba empleos y los daba, y los buenos y los leales tenían que sucumbir, como el mismo Colon, á la influencia de la chusma.

No satisfecho aún con las concesiones que había obtenido del almirante, pidió para sus antiguos partidarios grandes porciones de tierra en el departamento de Xaragua, y la completa autorización para que se establecieran en ellas.

El almirante se opuso á este deseo, y para que no estuvieran juntos, les concedió tierras en diversos parajes de la isla.

Unos se establecieron en Bonaó, otros en el camino de Santiago.

Las colonias que formaron dieron origen á las ciudades que más tarde se establecieron en aquellos mismos puntos.

Para que los indios volviesen á pagar los tributos organizóse una especie de policía, compuesta de un capitán y algunos soldados, los cuales tenían la misión de recorrer la isla en todas direcciones.

Roldan, persistiendo en su táctica, reclamó la posesión de ciertos terrenos en las cercanías de la Isabela.

Además le otorgó tierras en Xaragua, y le dió gran cantidad de ganados pertenecientes al Patrimonio Real.

Pero todos estas dádivas eran interinas, porque el almirante reservaba á la Corona el derecho de confirmarlas ó anularlas.

Dueño de tantas tierras el mísero pordiosero que había llegado al monasterio de Santa María de la Rábida, pidió autorización para habitar sus posesiones, y el almirante se la concedió de buen grado para alejarle.

Partió Roldan y se detuvo en Bonaó, en donde nombró á Pedro Riquelme, su antiguo camarada, alcalde de aquel departamento.

Con este nombramiento, y con otros actos, dió á entender á Colon que no había renunciado á sus designios hostiles, y se confirmó en esta creencia al saber que Pedro Riquelme, pretextando el establecimiento de una casa rural para sus ganados, comenzó á levantar un fuerte edificio sobre una colina.

Aquel edificio podía convertirse en una verdadera fortaleza.

Después de haber sido Colón tantas veces débil, necesitaba entonces probar su energía.

Prohibió terminantemente que continuara la construcción del edificio, y no tuvieron más remedio que obedecer los que al levantarle pensaban efectivamente facilitarse un sitio donde defenderse de las tropas de Colón en caso necesario.

Los desengaños y las enfermedades hacían desear á menudo al almirante un nuevo viaje á España para contradecir las calumnias de sus enemigos y pintar la verdadera situación de los países descubiertos á los soberanos.

Pero por una parte los rebeldes, y por otra los indios, que se aprestaban á rescatar á su rey Guarocaya, obligaron á Colón á realizar su deseo.

A principios de Octubre envió dos carabelas á España con algunos rebeldes, y todos los colonos que quisieron regresar á la Península.

En aquella expedición se permitió á los españoles llevar algunos indios como esclavos ó á las mujeres que habían seducido.

Hernando de Guevara, de acuerdo con Anacaona, partió también con la hermosa Higuamota, que aunque sentía abandonar á su madre, su amor y la esperanza de encontrar en España al autor de sus días amortiguaban su dolor.

No pudiendo partir el almirante, envió á Miguel

Ballester con amplios poderes para que se presentase ante los reyes y explicase la verdad.

Asimismo escribió á los monarcas dándoles cuenta de todos los sinsabores que había sufrido, y de la conducta arrogante y malvada de Roldán y los suyos, y repetía sus anteriores peticiones como el único medio de salvar el conflicto en que se hallaba la colonia.

Una idea había cruzado por la mente de Colón al encontrarse bajo el peso de la desgracia.

Al ver que su enfermedad le molestaba con mayor intensidad que nunca, al ver que todo se conjuraba contra él, porque la sombra de la muerte parecía proyectarse en el horizonte de su vida, pensó en su hijo, en Diego, para que continuase su obra en el Nuevo Mundo.

Era joven, había recibido una esmerada educación, se hallaba dotado de nobles sentimientos, había deseado acompañar á su padre después de la herida que había sufrido su corazón al perder á María, y nadie como él podía comprender sus ideas, abrigar sus deseos y hallar el triunfo para su causa, que era la de la civilización, la de la humanidad, y cuyo triunfo era seguro, por más que las pasiones de sus contemporáneos quisieran borrar su nombre de la historia del mundo.

El almirante escribió á su hijo en este sentido, y suplicó á los reyes que le dieran permiso para que fuera á reunirse con él.

No bien había obtenido un triunfo la autoridad de

Colon sobre Roldan, Riquelme y Mogica, prohibiéndoles la continuacion de su comenzada fortaleza, cuando supo la llegada á la costa de cuatro embarcaciones, al mando de Alonso de Ojeda, que algunos meses antes habia partido á España llamado secretamente por Fonseca, y fletado por un rico comerciante florentino que como simple marinero habia estado algunos años antes en la colonia.

Aquellos buques eran libres, y por lo tanto no debian someterse á la autoridad de Colon.

Su mision en aquella parte del Océano era arrebatar al almirante sus más preciosas conquistas, era hollar sus legítimos derechos.

Colon pensó inmediatamente en Roldan para encargarle la mision de explotar las intenciones del jefe de aquella expedicion clandestina.

La astucia de Roldan, el interés que tenia en no someterse á ninguna otra persona que pudiera privarle de las dádivas que habia obtenido del almirante, hicieron creer á éste que no hallaria un agente más á propósito que él para librarle de aquel nuevo conflicto.

Roldan aceptó el encargo con gusto, llegó al puerto de Jacquemel al frente de un pequeño ejército, y habiéndose informado de que Ojeda, con gran parte los tripulantes, habia salido á buscar provisiones, quiso sorprenderle en mitad del camino.

Los indios del país habian reconocido á Ojeda, al que veneraban con el respeto y el aprecio que le habia manifestado Caonabo.

Al mismo tiempo odiaban á Roldan, porque habian sido víctimas de sus excesos, y se apresuraron á participar á Ojeda que habia llegado en su persecucion.

No se intimidó Ojeda.

Deseando conocer el peligro de cerca, fué al encuentro de Roldan solo con seis hombres de toda su confianza.

Roldan fingió gran asombro el verle.

—¡Qué agradable sorpresa!—exclamó al hallarse en presencia de Ojeda.—¿Vos por aquí? Os hacia en España.

—¿Es posible que ignoreis mi llegada á la costa?

—Os aseguro que lo ignoraba.

—Entonces, ¿cuál es el motivo que os trae aquí?

—Permitidme que participe de vuestra curiosidad, y os haga idéntica pregunta.

—Preguntar no es responder.

—Sois recien venido, y os debo toda clase de atenciones. No tengo inconveniente en manifestaros la causa de mi estancia aquí. Soy alcalde mayor de la isla, los indios no son todo lo humildes que debieran, y de cuando en cuando es necesario que se aperciban de que estamos aquí para que no se insurreccionen. Tal es el motivo de mi presencia en este departamento.

—Pues yo,—dijo Ojeda con el mismo desenfado,—he salido de España hace dos meses con cuatro carabelas, decidido á descubrir tierras en medio del Océano; y si me he detenido en la isla, ha sido para reparar las averías de los buques y adquirir provisiones.

—¿Es decir que no venís á poner os á las órdenes del almirante?

—De ningun modo,—contestó Ojeda con arrogancia.

—En ese caso, voy á verme precisado á desempeñar mis funciones de alcalde mayor.

—Desempeñadlas en buen hora.

—Soy vuestro amigo y lo siento; pero no tengo más remedio que exigiros la real cédula, en virtud de la cual cruzais los mares de la jurisdiccion del almirante, tocáis en esta isla sin su permiso, y os proponéis partir á hacer descubrimientos.

—En primer lugar, debo deciros que siempre ha sido mi ánimo pasar á Santo Domingo á ofrecer mis respetos al almirante. No era esto en mí sólo un deber de cortesía, sino de amistad. Desde su salida han variado mucho las cosas en España, y las noticias que he de darle podrán serle muy útiles. Acá para entre los dos, está en desgracia, y los reyes dudan ya, si no de su honradez, de su pericia. La reina, que es su verdadera protectora, está muy enferma; los médicos no creen poder salvarla, y todo hace creer que cuando falte se eclipsará la estrella de Colon.

Roldan no echaba en saco roto estas noticias.

—Por lo demás,—añadió Ojeda,—no seré yo quien deje de reconocer vuestra autoridad, y os invito á que vengais á visitar mis buques para poder mostraros los papeles que me acompañan y que me autorizan á continuar mi viaje.

Accedió Roldan á esta invitacion, y halló en las

carabelas á muchas personas conocidas que habian estado en otro tiempo en la colonia, y que se hallaban muy animadas á proseguir los descubrimientos que habia inaugurado Colon en el Golfo de Paria, país mucho más rico que la Española.

Ojeda mostró á Roldan una licencia firmada por el obispo Fonseca como superintendente de los negocios de Indias, autorizándole para emprender un viaje de descubrimientos.

Las noticias que habia llevado Colon acerca de las perlas y de los ricos frutos que se hallaban en la costa que habia visitado antes de regresar á Santo Domingo, habian caido en poder de Fonseca.

El almirante envió tambien mapas, y valiéndose de ellos fraguó una intriga el enemigo irreconciliable de Colon, y preparó el viaje de Alonso de Ojeda con el concurso de Américo Vespucio, que á la sazón se habia enriquecido, estableciéndose en Sevilla.

Juan de la Cosa, célebre piloto á quien habia enseñado el almirante, se encargó de dirigir los buques al país que debian conquistar.

Los cuatro buques salieron de España á mediados del 499; visitaron las costas del continente del Sur, desde doscientas leguas del Oriente del Orinoco hasta el Golfo de Paria, descubriendo el Golfo de Venezuela; se acercaron á las islas caribes, en donde hicieron algunos prisioneros entre sus habitantes, y llegaron á la Española con el objeto que indicó Ojeda á Roldan.

Con todas estas noticias partió Roldan á Santo Domingo, las confió á Colon, y puede asegurarse que

hasta entonces ningun pesar habia producido tanta mella como aquel en su corazon.

Representaba á sus ojos la más negra de las ingratitudes, no ya por la parte de sus enemigos, sino por la de los monarcas de España, que tanto le debian, y no queriendo dar crédito todavía á lo que Roldan le habia contado, aguardó con ansiedad á que Ojeda cumpliese su promesa de ir á Santo Domingo para apurar en aquella entrevista hasta la última gota de hiel del cáliz de amargura que la adversa fortuna la brindaba en el ocaso de su vida.

Pero antes de pasar adelante, querrán sin duda alguna mis lectores saber de qué manera habia logrado enriquecerse Américo Vespucio, y los verdaderos móviles que habian impulsado á Fonseca á facilitar la expedicion de Ojeda, y voy á complacerles.

Capítulo LXXV.

Una historia dentro de otra.

Cuando se dió la órden en la córte de España de perseguir y castigar á los que habian calumniado á Colon, Américo Vespucio pudo, como recordarán mis lectores, escaparse á Portugal, y fué resuelto á sacrificarlo todo á la fortuna que deseaba proporcionar á su hija.

Por de pronto logró ponerse en salvo, y aunque modestamente, vivió algun tiempo en Lisboa, ayudado con el producto de su trabajo y los auxilios que, para tenerle siempre propicio, le enviaba Fonseca.

Sin más idea que la de enriquecerse á cualquier precio para resarcir á su hija de la fortuna que le habia arrebatado, su génio activo y emprendedor le ins-